



Petruvska Simne

Periodistas en la mira

Alfadij Ediciones, Caracas

2004, 178 pp.

La ambulancia y el reportero

TULIO HERNÁNDEZ

No es posible adentrarse en *Periodistas en la mira*, la conmovedora saga de entrevistas realizadas por Petruvska Simne a un grupo de comunicadores venezolanos, sin quedar un tanto perturbados por la interminable gama de sentimientos y reflexiones que suscita. Leyendo este libro, entre una y otra página, se puede pasar del más profundo estado de dolor y tristeza, al más altruista pensamiento de preocupación social, para después saltar sin preámbulo alguno a la rabia implacable.

En estas casi 200 páginas su autora ha logrado reunir uno de los más completos, agudos y a la vez equilibrados testimonios que hasta hoy se hayan realizado en torno a los efectos de la violencia política desatada por el actual proceso de polarización política que padece Venezuela en contra de un grupo específico de profesionales, los periodistas.

En su conjunto las entrevistas son un rico instrumentos para reflexión sobre dos temas decisivos de estos tiempos venezolanos. La espiral de odio, primero, que hemos vivido de manera creciente entre diciembre del año 2001 y enero de 2003, cuando los dos bandos en pugna, los seguidores del presidente Hugo Chávez y quienes le adversan, radicalizaron sus posiciones hasta necesitar de la mediación de negociadores de paz externos a fin de impedir una salida bélica. Y, segundo, las repercusiones sociales e individuales que ha traído consigo el hecho de que los medios de comunicación venezolanos hayan pasado a ser actores de primera

línea del conflicto político y no sus narradores como, en teoría, se supone es su función fundamental.

Tres lecturas

Como son tantas las reflexiones que suscita, me concentraré en reseñar tres aproximaciones a que en esta lectura encontré. En primer lugar, el libro es una crónica y un alegato de los extremos de barbarie a los cuales puede llegar una sociedad una vez que el fanatismo, la polarización política y el culto a la personalidad cobran cuerpo en su seno. Lo advierte Petruska Simne en la dedicatoria cuando escribe: "A la memoria de mi padre, Gvosdem Simi, un servio bosnio, que también conoció la devastadora crueldad de la intolerancia".

Lo ratifican las palabras de Idania Chirinos, periodista con larga experiencia en la cobertura de conflictos internacionales, cuando confiesa que ni siquiera en los peores momentos de su trabajo en la guerra entre contras y sandinistas en Nicaragua, o en la coberturas de secuestros y enfrentamientos en la lucha guerrillera en Colombia, "se produjeron nunca agresiones tan severas contra los periodistas".

Y lo ilustran, como un gigantesco dedo acusador, los relatos de la mayoría de los entrevistados contando cosas vividas en primera persona como la periodista que recibe un puñetazo en plena boca asestado por un policía político en un acto oficial; el camarógrafo de televisión que huye cámara en mano del militante oficialista camisa roja que lo persigue para acuchillarlo; un periodista de oposición llamado Arturo Vilar que promueve la agresión colectiva contra su colega Zaida Perera reportera de VTV, la televisora del Estado, en medio de la conocida toma de Plaza Altamira; los relatos de los atropellos de los periodistas por la Casa Militar que incluyen lujuriosos pellizcos en los traseros de las mujeres; sin olvidar los dolorosos relatos asociados del asesinato de Jorge Tortoza, fotógrafo del diario 2001, ultimado por un francotirador no identificado en medio de los sucesos violentos del 11 de abril del 2002 que condujeron a la efímera salida de Hugo Chávez de la presidencia de la república.

En segundo lugar, este libro es un testimonio de la crisis institucional venezolana y de la violación de las mínimas normas y los acuerdos de convivencia que ordenan incluso las más cruentas guerras. Laura Castellanos lo explica muy bien cuando recuerda gran desencanto que hay

tres figuras –la de la ambulancia, la de la cruz roja y la del periodista– que en todas partes del mundo son de alguna manera intocables, a las cuales, incluso en medio de los más cruentos combates, todos los bandos suelen respetar y apoyar por cuanto, al no ser parte del conflicto pero trabajar con él, requieren de un trato especial.

Pues bien, como ella misma lo explica, en Venezuela eso también se perdió. A paramédicos de la Cruz Roja se les ha impedido trabajar, los periodistas han dejado de tener libre tránsito y se han convertido en blanco a atacar (tanto que han tenido que andar con chalecos antibalas y mascarar antigases) y las ambulancias dejaron de ser inocentes y explica como vio bajarse de una de ellas un grupo de encapuchados con armas largas de una tarde de manifestaciones anti-gubernamentales.

El tercer elemento que quiero destacar, del que da cuenta el libro, es la profunda crisis de su propia imagen que existe hoy en día entre los profesionales de la comunicación. Una de las ideas que con más frecuencia se repiten a lo largo del libro es la pérdida de certezas en torno al sentido de la profesión. Lo dice Vanessa Davies, periodista explícitamente seguidora del gobierno, entrevistadora del canal oficial del gobierno y con una larga experiencia como redactora de *El Nacional*, al final de su testimonio: "Al principio creía que el periodista era un paladín de la justicia (...) ahora ya no sé qué somos".

Lo remarca también Johan Merchán en el suyo: "cuando quise estudiar periodismo (...) existía el concepto de que el periodista era una persona respetada y admirada [pero] hubo un tiempo que teníamos negado el acceso a las zonas populares no podíamos pisar lugares como Catia, El Valle, San Agustín porque te caían a piedra, te insultaban, te querían quemar el carro".

Permítanme añadir cuatro datos más que el libro viene a recordarnos. Uno, aunque en una escala muchísimo menor, la existencia de violencia también de parte de la oposición no sólo contra periodistas oficiales sin en contra de los propios periodistas de los medios privados exigiéndoles mayor dureza contra el oficialismo. Dos, el del horror de los relatos que experimentaron quienes fueron rodeados, como los de RCTV, por grupos –hordas en sentido estricto– que portaban antorchas y gasolinas para quemar la estación. La frase de Laura Castellanos escondida en el cu-

arto de utilería mientras esperaba la muerte: "Lo único que le rogaba a Dios es que no me descuartizaran para que me pudiera reconocer", da cuenta del tamaño de la amenaza. Tercero, algo que genera mucha impotencia, el hecho de que la violencia contra los periodistas por un largo período se naturalizó, se volvió algo cotidiano y normal, tanto que los reporteros tienen que salir a cubrir eventos protegidos con chalecos antibalas y máscaras antigases. Y, por último, el hecho de que nadie ha sido procesado y castigado por incendiar el vehículo de un canal televisivo, destrozar las oficinas de un periódico o asesinar a un fotógrafo, es un gran atraso, una muestra de impunidad y la prueba de lo sesgado y politizada que se haya el sistema de justicia en Venezuela.

Quiero cerrar diciendo que, si bien es verdad que de parte de ambos bandos ha existido violencia, también lo es que la más fuerte, sistemática y perversa ha sido desarrollada desde las fuerzas del oficialismo, azuzada explícitamente por el presidente de la república y que, independientemente del bien o mal periodismo que se haya hecho, es preciso recordar que de acuerdo a los principios y normas jurídicas internacionales, es el Estado el responsable fundamental de impedir se violen los derechos humanos —la integridad de las personas, el libre desplazamiento, la libertad de información— en una sociedad.

Al concluir el libro algunas cosas me quedan claras. Una, que los profesionales del periodismo tanto del sector privado como del público, están pagando las consecuencias del hecho patológico —o por lo menos atípico— de que los medios se hayan convertido en protagonistas del conflicto político y no en sus narradores, como se supone en teoría, es su papel.

Dos, que los profesionales del periodismo y el sistema de medios en general está pagando las consecuencias de tener al frente del gobierno un caudillo militar de raigambre rural y poco entrenamiento democrático que ha elegido la confrontación abierta como estilo de gobierno y que no comprende la naturaleza de los medios en una sociedad democrática. Y tres, que cuando todo pase, cuando retomemos el hilo de una sociedad que quiere y debe ser plural y tolerante, una sociedad que debe ser mejor que todo lo que hemos vivido hasta ahora desde el 23 de enero del 58, una de las primeras tareas que nos aguarda es la de debatir sobre las libertades, pero

también sobre los límites, del periodismo y sobre la responsabilidad de los medios en la creación de un espacio público democrático, ahora que hemos visto los peligros de la cartelización, de un lado, y las amenazas del uso de las cadenas los medios del Estado como aparato de proselitismo, del otro.

Este libro de Petruvska Simne habla del sufrimiento ético político, de cómo nos golpea con fuerza el conflicto político y nos advierte que tenemos que luchar sin tregua para impedir que las heridas se hagan aún más profundas, ya sean periodistas o ciudadanos comunes, quienes la llevan tatuadas en sus cuerpos y su memoria.